

PLUSCUAMPERFECTOS

NÚRIA SOLANELLAS

AKANE
EDITORIAL

Pluscuamperfectos

Primera edición: abril de 2024

© de la obra: Núria Solanellas

© de la corrección: Auxi Zurera

© diseño de cubierta: Studio Kôsen (stkosen.com)

© de la ilustración interior: Studio Kôsen (stkosen.com)

© de los encabezados y detalles: Claudia Lobo (@rakkbit)

© del panfleto Supermercado Gatsuri: Alba Cantera (@niisk_)

© de las guardas: roroza en Freepik

© 2024, Akane Editorial

www.akaneeditorial.com

ISBN: 978-84-19305-16-9

IBIC: YFG

Depósito Legal: Z 775-2024

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Para Elna.

CÁLCULOS DE IMPROBABILIDAD



Para sobrevivir en la ciudad-rascacielos más vanguardista del siglo XXII, Numa debía seguir un par de normas a rajatabla. No era una lista muy extensa, a la vista estaba, pero implicaba una serie de riesgos y de noches en vela.

Regla número 1: evitar que alguien descubriera que tenía apellido. Porque los homínidos contemporáneos carecían de ese puñado de letras que acompañaban al nombre y que tanto habían ansiado los Juan Nadie de antaño.

Regla número 2: divertirse. Y quizá esa era la tarea más difícil, porque en la metrópolis de Kiquít se podía morir de aburrimiento, ya que sus ciudadanos tenían un concepto divergente de lo que significaba una juerga desenfrenada. Recordó la noche en que la invitaron a participar en uno de esos jolgorios, estrenó un bonito vestido con escote *halter*, aunque poco habría importado si hubiera acudido en chándal. Cuando llegó al evento, los asistentes formaron un círculo y, en pleno éxtasis, empezaron a recitar el número π . Su intervención fue corta, concretamente dijo



3,14. El resto de la velada se dedicó a hacer *playback* y billones de decimales después le dolía la mandíbula a rabiar. Abandonó el fiestón por la puerta trasera cuando alguien gritó enardecido: «¡Y ahora, lo recitamos a la inversa!»

Esa tarde, la joven estaba dispuesta a cumplir la *Regla número 2*, sin quebrantar la primera, obviamente. Había quedado con su amiga Adalne en el *Bocage Dinage*, un café de pago publicitario de la planta 647. Se sentó en un banco despintado de la terraza del local, bajo la calidez de unos farolillos de papel que iluminaban el callejón colindante con la Sociedad de Cálculos de Improbabilidad. Los adeptos de esa institución solían frecuentar el café; pero, por fortuna, esa tarde estaba vacío y nadie la incordiaba.

Numa se desató el cabello y la melena azul cobalto le cayó hasta media espalda. Lucía un vestido corto entallado de color leche y su piel parecía recubierta de pan de oro, como si se hubiera fugado de un cuadro de Klimt.

Se le acercó solícito un androide con la carcasa de color caramelo y larguísimos brazos articulados.

—Por los genes distinguidos —la saludó el robot de voz oxidada—. ¿Qué le apetece tomar?

—Ah, ¿es que puedo elegir?

—No, solo servimos el menú estándar.

Los ciudadanos de Kiqûit eran gente de costumbres rutinarias, poco dada a las sorpresas. Por este motivo, en todos los cafés de pago publicitario ofrecían el mismo tentempié: *bagels* crujientes y refrescos de espirulina por el módico precio de tragarse bazofia propagandista.

—Abra la lente —le recordó la máquina— y le enviaré el anuncio.

Numa encendió el dispositivo lenticular que llevaba instalado en el ojo izquierdo y el droide le mandó un publibreporaje, de esos de bostezo asegurado. Ella resopló al descubrir cuál le había tocado.

Amniok, somos el futuro, el sustento de las generaciones venideras. Nuestra compañía se ha consolidado como la líder en fabricación de líquido amniótico artificial a nivel mundial.

Se obligó a fingir una sonrisa por si algún nanodron la espiaba. Pero no pudo evitar que se le escapara una mueca cuando la imagen de un fluido de color azul traslúcido inundó su retina izquierda.

Este mes de enero, visite la sede central de Amniok en la capital de Kiquit, en la planta 363. Podrá ver en persona todo el proceso de fabricación del líquido amniótico sintético. ¡No se lo pierda!

Sus labios se curvaron aún más, detestaba trabajar en esa gran compañía farmacéutica. Hubiera preferido vender pipas en la ventanilla de un quiosco; pero, en 2199, los eruditos consideraban que escupir cáscaras era un vicio ligado a los homínidos primitivos.

No tenían ni idea del placer que se perdían.

Sobre su retina se proyectaron las imágenes de las filas de sacos de silicona expansible, mostrándole aquello que Numa no quería ver: la cadena de producción de fetos de piel dorada.



Recientes estudios afirman que el uso de Amniok durante la ectogénesis, proporciona una mayor variedad de pigmentación capilar que cualquier producto de la competencia. Obtenemos ciudadanos de toda la gama cromática de azules, como el azul cerúleo.

La cámara penetró dentro del útero artificial y enfocó la cabellera de un feto en su noveno mes de gestación que sería la envidia de Sansón.

Azul índigo.

Otro feto arrugado de abundante pelambrera.

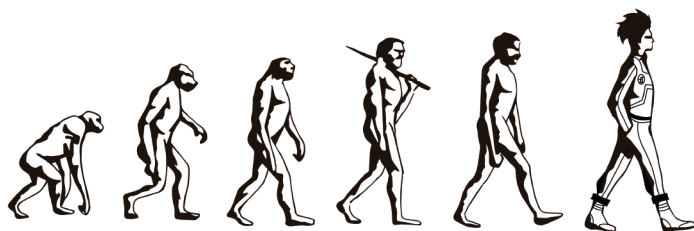
Azul zafiro, azul océano, azul Frigurón...

Y más criaturas melenudas. ¡Un espanto!

¿Habían mencionado ya su color, el azul cobalto?

Colaboramos en la evolución de nuestra especie, orgullosos de ser hatoks.

Y luego le plantaron el célebre dibujo de la escala evolutiva:



Australopithecus, *Homo habilis*, *Homo erectus*, *Homo neanderthalensis*, *Homo sapiens*, *Homo transgenicum* (hatok)

El droide regresó y le sirvió un *bagel* calentito recién horneado, junto al refresco burbujeante de espirulina.

Numa envolvió el panecillo en una servilleta e inspiró el aroma: la boca se le llenó de saliva. Parpadeó un par de veces para apagar la lente y con el otro ojo, el que se estaba quedando vago por pasarse gran parte del tiempo en el limbo, observó de soslayo como un joven híbrido se sentaba en la mesa de al lado. Era uno de esos homínidos sin representación en la escala evolutiva, de los que se habían quedado entre dos eslabones, resultado de las uniones entre las diferentes subespecies, por ejemplo:

Hatok + *Homo sapiens* = híbrido.

Híbrido + híbrido = híbrido.

Homo sapiens + híbrido = híbrido.

El chico vestía un traje de color gris sombra y tenía el cabello cenizo típico de los heterogéneos. La apreciada pigmentación azul de los hatoks, debida a la absorción del líquido amniótico sintético, no se transfería a sus descendientes y en ellos derivaba a un tono tristón.

De repente, llegaron un par de hatoks con el genoma más retocado que el rostro de las actrices de Hollywood de antaño. Se notaba que pertenecían a la Sociedad de Cálculo de la Improbabilidad, porque se mostraban ansiosos por verter datos sobre cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlos.

—¿Podemos ayudarle a satisfacer alguna curiosidad, híbrido?

—le preguntaron al joven de la mesa de al lado.

El híbrido se rascó la barbilla, pensativo:

—De acuerdo —aceptó—. ¿Cuál es la probabilidad de que me encuentre a un conocido dentro de uno de los ascensores



de la ciudad rascacielos de Kiqûit durante, digamos, la próxima semana?

—Nuestra ciudad mide 4903 metros de altura. 3282 ascensores recorren las entrañas de sus 950 plantas. Los elevadores más rápidos son los centrales meridionales que viajan a una velocidad de 108,3 kilómetros por hora. Se estima que cada ciudadano conoce a una media de 536 personas —respondió uno de los hatoks que lucía el cabello azul *denim*, un tipo muy estirado que parecía haberse tragado un palo de golf—. Según la proporción áurea, la probabilidad de encontrarte a un conocido sería de un 50,32 %.

Numa chasqueó la lengua. Estaba cansada de escuchar a los hatoks alardear de neuronas, como si fuera algo meritorio, cuando la inteligencia superior les venía dada de serie gracias a la edición génica.

Los dos hatoks vestían de blanco, con el traje abrochado hasta el último botón, indecentemente perfectos, como marcaban los cánones de los homínidos evolucionados. Mostraban con orgullo un supositorio de glicerina que se escapaba de la solapa del bolsillo de la camisa. Bueno, en realidad era el emblema de Kiqûit bordado sobre la pechera: un holograma metalizado del rascacielos que apuntaba descarado hacia todas partes.

—¡Oh, vaya! —se sorprendió el híbrido—. Así que tengo un 50,3 % de probabilidades de encontrarme con Fancy en un ascensor.

—No, no —discrepó el otro hatok que tenía el cabello azul purpúreo—. Si hablamos de un sujeto concreto, la probabilidad

baja al 0,7 %, aun teniendo en cuenta su interés por propiciar ese encuentro.

El híbrido arrugó los morros, decepcionado, y los dos hatoks de piel dorada intercambiaron miradas, satisfechos por haber difundido su sabiduría. La particular coloración de la dermis de los homínidos evolucionados se debía a una mutación del gen de la tirosinasa, o algo parecido, creía recordar Numa. Lo había estudiado en la asignatura *Fisiología del Homo transgenicum*. Pero después de vomitarlo en el examen (sacó un 7,8), vació el espacio que ocupaba en su limitado cerebro para poder embuchar la *Teoría del comportamiento ejemplar del Hatok*.

Numa dio un bocado al *bagel* y saboreó la masa; estaba tan delicioso que cerró los ojos. Y entonces, llegó su amiga Adalne cargada de bolsas de mil tiendas distintas:

—¡Numa! —la saludó enérgica y desperdigó las bolsas por encima del banco despintado.

—Veo que has ido de compras... —Ella se echó hacia atrás para dejarla pasar—. No te importa que haya empezado, ¿no? Me moría de hambre.

La híbrida se sentó a su lado. Se había emperifollado con un vestido abombado de color piedra. Lucía el cabello de color plomizo peinado con un sofisticado tupé y las pestañas decoradas con diminutos espejos que ensalzaban su tez plateada. El mundo de los híbridos parecía reducido a tonos grises.

—¿Y qué has comprado?

—Un montón de cosas chulísimas, me he dejado la mitad del sueldo.



Adalne rebuscó entre las bolsas y sacó un pequeño cubo rojo parecido a un altavoz.

—Esto te va a encantar —dijo la híbrida—. Es un traductor de gatos.

—Pero si tú no tienes gato.

—Bueno, ya... Es que no paraban de bombardear mi lente con ese anuncio y no he sido capaz de resistirme. —Adalne se tocó la frente como si tuviera el cerebro sobresaturado—. Ya sabes lo susceptibles que somos los híbridos a la publicidad subliminal.

—Y a la no tan subliminal, también —bromeó ella—. Si algún día necesito mantener una conversación con un minino ya te lo pediré. ¿Y qué más te has comprado?

Su amiga abrió otra bolsa y sacó un par de frutas.

—Ah, naranjas... —murmuró Numa.

—No son naranjas, son Beethanjas, llevan un chip incorporado. —Adalne depositó una de las frutas cítricas sobre la mesa.

—¿Y qué tienen de especial? —Numa dio un trago a su refresco burbujeante de espirulina junto a una bocanada de placer—. ¿Se exprimen solas?

—No, mucho mejor: cuando las exprimes, suena Beethoven.

—¿En serio? ¿También hacen Mozzanjas?

—Ni idea. —La híbrida se encogió de hombros y siguió removiendo sus bolsas—. Y aún he comprado algo mejor —susurró.

Le indicó que se acercara y le mostró el contenido de otra bolsa sin sacarlo del interior: una cajetilla de cigarrillos.

—¿Qué haces con esto? —Numa miró a todos lados apartando la bolsa para que la escondiera. Si alguien las pillaba con sustancias tóxicas, las detendrían y a ella podría acarrearle peores consecuencias que empañar pulmones: podrían descubrir que era una impostora—. Creía que ya no se fabricaban, y ¿sabes que su humo huele fatal?

—Ah, ¿sacan humo? Tampoco pensaba fumármelos, son para mi colección de objetos prohi... —Y de repente, Adalne se quedó callada con los ojos abiertos como platos—. Diásporas, ese es Kema.

La híbrida señaló al hatok de la Sociedad de Cálculos de Improbabilidad con el cabello azul *denim*. Y, acto seguido, se escondió dentro de la mesa en forma de cubo, abierto únicamente por la cara donde Numa metía las piernas.

—¿Se puede saber qué haces? —Ella intentó sacarla del escondrijo agarrándola del brazo—. ¿Quién es Kema?

—¡Ay! —suspiró Adalne—. Estuve colgada de ese tipo un montón de tiempo. ¿A que es guapo?

—Dirás frío y estirado. —Numa hizo una mueca de disgusto. «Como todos los hatoks», pensó.

—Me enrollé con él y luego pasó de mí.

—Normal. Deja de fijarte en hatoks.

—Los hatoks no entendéis nada del amor, porque no podéis enamoraros —le recriminó su amiga.

—Por suerte, y gracias a la evolución —mintió Numa y le dio otro sorbo a su refresco para evitar que se le secara la garganta. Se había habituado tanto al engaño que ya ni siquiera su cuerpo reaccionaba.



Aunque la verdad era muy distinta, ella tenía el corazón tan rasgado como el cuadro más famoso de Banksy. Un híbrido llamado Brett Lantida le había hecho la promesa de que algún día iría a buscarla y, cinco años después, la joven aún seguía esperándole. A veces, había estado tentada de contárselo a su amiga, cansada de guardar tantos secretos, pero no podía hacerlo sin infringir la *Regla número 1*.

—Creo que no he superado lo de Kema —sollozó la híbrida acurrucada bajo la mesa de madera.

—Cuidado, que viene.

—No, no, no quiero verle. —Adalne se hizo un ovillo bajo el mueble.

Los dos hatoks de la Sociedad de Cálculo de la Improbabilidad se acercaron a su mesa con afán proselitista. Y ella dio otro mordisco al *bagel* crujiente, para disimular.

—¿Podemos ayudarla a satisfacer alguna curiosidad, joven hatok? —le propusieron.

Y antes de que Numa pudiera rechazar la oferta, Adalne, con voz de ultratumba, formuló la polémica pregunta desde debajo de la mesa:

—¿Qué probabilidad hay de que te atragantes comiendo una *pizza* con piña?

Kema se golpeteó el esternón con los dedos, hiperventilando, como si hubiera oído la peor blasfemia de su vida:

—¿Cómo ha dicho?

—¿Que qué probabilidad hay de que te atragantes comiendo una *pizza* con piña? —repitió Numa como si la pregunta hubiera salido de su boca.

—La *pizza* con piña no es *pizza* —aseveró el antiguo amante de Adalne.

—Pues a mí me gusta —le contradijo su compañero, el hatok del cabello azul purpúreo.

—Jonast, ¡qué dices! Ni un *sapiens* comería algo tan disonante —pronunció Kema con el mismo tono despectivo que los *sapiens* habían utilizado al emplear el término neandertal contra sus coetáneos.

El tal Jonast carraspeó, agraviado:

—Tu descalificación es más propia de un vivíparo —le espetó.

—Vete a freír diásporas.

Y si fueran *Homo sapiens*, los dos individuos hubieran llegado a las manos; pero los hatoks habían conseguido erradicar la propensión hacia la agresividad reactiva física mediante la ingeniería genética, al igual que el enamoramiento. Cortaron, editaron y corrigieron el ADN, y ahí estaban esos dos reprimiendo la ira.

—Calma, calma —pidió Numa—. Los hatoks somos seres civilizados.

Kema la miró con el entrecejo fruncido:

—¿Por qué sale humo de debajo de tu mesa?

La joven se agachó y vio a su amiga Adalne fumando uno de esos nocivos cigarrillos. La híbrida le devolvió un gesto en plan “*pensaba que no iba a salir humo de verdad*”. Y Numa se lo arrancó de las manos y lo pisoteó, y volvió a pisotearlo y así varias veces hasta que quedó reducido a dos dimensiones.

—Y eso que suena... —El otro hatok, el del cabello purpúreo, se toqueteó la oreja—. ¿No es la quinta sinfonía de Beethoven?



—Y huele a zumo de naranja, ¿no? —Kema arrugó la nariz—. ¿Qué hay debajo de la mesa?

Numa ojeó bajo el mueble: halló a Adalne con uno de esos frutos maduros en las manos y su jugo resbalándole por los codos. Debió de aplastar una naranja al apagar el cigarrillo con tanta insistencia. Su amiga movió los labios sin articular la voz: «No dejes que ese idiota me vea».

—¿Eh? —La joven se rascó el cuero cabelludo—. Tengo otra pregunta —dijo para distraerlos mientras su amiga intentaba cesar las notas de Beethoven—. ¿Qué probabilidad hay de encontrarme un *Homo sapiens* en la gran ciudad de Kiqùit?

—Me gusta que me hagas esta pregunta —respondió Kema—. En el área metropolitana de Kiqùit viven 2.326.654 ciudadanos hatoks, 536.515 híbridos y cero *Homo sapiens*. Ya tienes tu respuesta, es imposible que un homínido arcaico pueda burlar los controles genéticos para entrar en la ciudad.

Numa sonrió, esos tipos no lo sabían todo, una de esas tres afirmaciones era errónea. Conocía la existencia de, al menos, un *Homo sapiens* que vivía dentro del rascacielos: ella.



Kiqùit se irguió sobre una antigua ciudad situada en las costas del golfo de Papúa. Las autoridades de Nueva Guinea, de ética flexible, tomaron a la ligera una decisión que afectaría al día de mañana y, en el año 2051, permitieron edificar el primer centro ectogénico del mundo. Los *millonetis* extranjeros soltaron la pasta,

sin sospechar que sus hijos mejorados pronto los desbancarían y levantarían la ciudad vertical, para demostrar su superioridad.

Las plantas impares de la ciudad de Kiquit estaban destinadas al comercio, ocio o zonas verdes; mientras que las pares se reservaban para las viviendas. Cuanto más alto habitara un ciudadano, de mejor posición social gozaba. Cada una de las plantas era como un pequeño barrio, con el techo pintado que simulaba el cielo lleno de nubes recién condensadas, aceras mecánicas para circular junto al trino de los ruiseñores, linternas de piedra ante las fachadas de los apartamentos de metacrilato, huertos arados por robots, máquinas expendedoras que vendían hortalizas kilómetro 0'000... Y todo esto multiplicado por 950 pisos.

Las dos chicas salieron del café y dieron un par de vueltas por las callejuelas y jardines de la 647 en busca de un interlocutor con zarpas. Al lado de un apartado estanque, con un solo nenúfar gigante, hallaron un ejemplar que les pareció monísimo; un rubiales que se relamía sus partes. «Miau», maulló cuando ambas se acercaron.

—Corre, saca el aparato. —Numa se agachó para acariciarle la cabecita con un *hola, guaperas* de lo más mimoso—, quiero saber qué dice este minino.

—Parece tan dulce. —Adalne encendió elartilugio.

«Miau, miau», repitió el gato.

Traductor:

Me dejo acariciar a cambio de una lata de gama alta.

—¡Qué morro tiene! —protestó la híbrida, afligida.



—¿Así que quieres un soborno, eh? —le preguntó Numa al felino.

El gato se apartó con la cola bien alta. «Miau, miau», insistió.

Traductor:

Si no traéis comida, largaos, grandullonas.

—¿Grandullonas? —Adalne apagó el traductor y le aleccionó con el índice—: ¡Qué maleducado! Eras más adorable cuando no te entendíamos.

Numa sintió cómo una piedrecita le golpeaba el hueso parietal. ¡Ay!, se quejó frotándose la cabeza. Se giró hacia el jardín, pero no vio a nadie. No le dio importancia y siguió charlando con su amiga. Y, entonces, recibió un mensaje en su dispositivo lenticular:

«Estoy detrás de la acacia, ven un segundo. Tengo algo para ti. Deshazte de tu amiga, sé discreta y borra el mensaje».

El emisor era el exgeneral Maalontola, un hatok que habitaba en la cumbre del rascacielos y solía aparecer de sopetón en los momentos más inoportunos. Numa sintió cómo una anaconda le recorría el tracto digestivo: *hora del trapicheo*. Echó una ojeada hacia los árboles del jardín, ¿cuál de ellos era una acacia? Durante un instante vio asomarse tras un tronco la tela vaporosa de un kimono blanco.

Lo primero que debía hacer era distraer a su amiga, pero ¿cómo podía convencerla para que se fuera a dar una vuelta? Meditó unos segundos:

—Oye, Adalne, ¿y si le compramos una latita al gatito? —propuso Numa.

—¿Estarás de broma, no? Yo a ese finolis no le doy ni las sobras —contestó la chica aún dolida por las palabras del animal.

—Piénsalo, podríamos vengarnos de él.

—¿Ah, sí? —La híbrida se cruzó de brazos, poco colaborativa—. Ya me dirás cómo.

—Le obsequiamos con una latita Premium y luego lo achuchamos toda la tarde, hasta que ya no podamos más.

—La verdad es que tiene pinta de ser muy suave. —Suspiró su amiga con los ojos brillantes—. Y tengo mono de acariciar gatos.

—Claro que sí, se merece que le demos un buen manoseo. Tú ve a por la lata de gama alta y yo, mientras, vigilo que el minino no se largue.

Adalne levantó el pulgar:

—¡Ya verá cómo estas grandullonas lo hacen ronronear!

La híbrida se marchó diligente en busca del soborno y ella aprovechó para acercarse al hatok que se escondía tras un arbusto cubierto de racimos de flores amarillas.

Numa tragó saliva: después de cinco años aún le aterraba la mirada gélida del sexagenario. Era un tipo extremadamente acicalado, de esos que nunca habían metido un pie en un charco. Siempre vestía un kimono blanco e inmovilizaba el peinado con kilos de gel fijador. El día que dejase de usarlo, se arruinaría una empresa entera.

—¿Ha traído mis cápsulas? —preguntó ella.

Ambos miraron cautelosos a su alrededor como si traficaran con cocaína: no había ni un alma, solo el gatito sibarita. El hombre



le alcanzó una mochilita azul klein y la joven se la colgó rápido a la espalda, sintiendo la presión en el diafragma.

—Te he conseguido tres frascos de Tirosyn-xha y tres de Cobalt 3949. Tendrás para unos cuantos meses.

—Perfecto —le agradeció ella.

Esos botecitos eran requisito indispensable para poder cumplir la *Regla número 1*: gracias a ellos fingía ser hatok. Las cápsulas aceitosas de Tirosyn-xha doraban su piel como la de los homínidos transgénicos y los comprimidos sublinguales de Cobalt 3949 teñían la melena de azul cobalto.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Numa, inquieta. No estaría a salvo hasta que regresara a casa y guardara los fármacos ilegales en las entrañas de su apartamento.

—Espera un momento, hay algo más que quiero darte. —Maalontola rebuscó en el bolsillo de su kimono y sacó un papelito doblado—. Toma.

Se lo tendió a Numa. Ella observó de soslayo a su alrededor y lo desplegó con una ceja alzada. Sintió su corazón palpar, ¿por qué le daba una nota de papel?

Descubrió en su interior unas letras irregulares trazadas con tinta azul.

—¡Está escrito a mano! —se asombró ella—. ¡Como en la edad media!

—En realidad, se ha usado un bolígrafo y este tipo de artífugos no se inventó hasta 1938, hace exactamente 261 años. Y por cierto, este instrumento tiene un curioso origen: un periodista húngaro llamado Laszlo Jozsef Biro ideó el mecanismo tras ver jugar a unos niños con canicas...

Maalontola se olvidó por un segundo de que se hallaban en un encuentro subrepticio y vomitó un montón de datos sobre los orígenes del bolígrafo. Numa dejó de escuchar su verbosidad, tan típica de los hatoks, y leyó la nota: *Club Nopal*, ponía.

—¿Qué significa el...?

—¡Tss! —la interrumpió el hombre llevándose un dedo a los labios—. Es mejor que yo no sepa lo que hay escrito. Guárdatela rápido y quémala cuando llegues a casa.

Él se ajustó el obi alrededor de la cintura, exhibiendo un tatuaje maltrecho sobre el dorso de la mano izquierda: una estrella de ocho puntas que parecía dibujada por un niño de cinco años.

El garabato era tan antiestético que, una vez quedaba expuesto, resultaba imposible apartar la vista de él. Como si fuera un puntero láser, gritaba: «Hey, estoy ahí, mírame, mírame, mírame...».

—Deja de mirarlo como si fuera una monstruosidad —le advirtió el hatok.

—Nunca he dicho que fuera monstruoso, solo dije que era ligeramente irregular. —Ella intentó apartar la vista de él, pero era como un imán—. Aunque confieso que me sorprenden esas líneas tan desiguales, con la obsesión que tiene usted por la simetría. ¿Ha pensado en tatuarse otro igual en la otra mano?

—¿Obsesión? No padezco ninguna obsesión, me gustan el orden y el equilibrio —se indignó Maalontola—, y ya me he acostumbrado a sus trazos —aseguró él, envalentonado. Para demostrarlo, se observó el dorso de la mano y, sin poder aguantar la

imperfección, cerró los ojos, adolecido—. Y tú también te acostumarás pronto.

—Lo dudo —murmuró la joven mientras guardaba la misteriosa nota en uno de los bolsillos de la mochila—. ¿Es el lugar para nuestro próximo encuentro? —dijo ella refiriéndose al Club Nopal.

El hombre negó.

—Entonces, ¿por qué debo quemarla?

—La ha escrito tu exnovio.

—Br... —Numa se atragantó—. ¿Cómo dice? —Tosió—. ¿Cuándo ha visto a Brett?

Ella vació todo el aire de sus pulmones y dio una vuelta sobre sí misma en busca de algún lugar donde reposar el trasero.

—No, no salgas de la copa de este árbol. —La detuvo el hatok—. Estamos en un ángulo muerto, las cámaras no nos graban.

—¿Eh? —replicó aturdida.

A Numa le ardió el corazón como si le hubieran clavado un destornillador en el ventrículo izquierdo. Habían pasado casi cinco años, pero ni un solo día había dejado de pensar en él. Cuando cerraba los ojos aún sentía el tacto de ese último beso bajo el limonero. Ni el tiempo ni la distancia la habían alejado de la idea de que volvería a su lado algún día. Anhelaba ese momento, pero para sobrevivir entre los hatoks, debía comportarse como uno de ellos, condenados mediante ingeniería genética a una vida sin amor. En algún momento, alguien, incapaz de superar una ruptura, consideró que el enamoramiento era una dolencia suprimible y eliminaron algunos alelos y variantes de

ciertos genes, desprogramando la química cerebral de los haktoks.

Por su mente navegaron mil preguntas: ¿Brett estaba en Kiquít? ¿Se encontraba bien? ¿Qué estaría haciendo?

Y de todas ellas, la cuestión que formuló fue la más temerosa, cuya respuesta podría resultar más mortífera que una cuchillada:

—¿Sabe si sale con alguien?

—No le pregunté sobre sus asuntos privados, obviamente. Sólo digo que si aún es de tu interés, puedes buscarlo.

—¿Por qué ahora después de tanto tiempo?

—Le prometí a tu padre que te protegería y durante estos cinco años he cumplido con mi palabra. Pero ha llegado el momento de que el río vuelva a su cauce, ya no puedo ayudarte más.

Numa sintió como una parte de su vida se iba por el retrete. Maalontola le había conseguido un microapartamento y un trabajo en Amniok, ¿pero cuánto tiempo podría ocultar su secreto sin ningún apoyo? Y después de años de suplicar por ver a Brett, de repente, le revelaba su ubicación: se hallaba en un lugar llamado Club Nopal, que sonaba a local de alterne... Era una pista un poco vaga, como miel en los labios, una distracción para que no viera lo que de verdad estaba ocurriendo. Poco a poco sintió el enfadado: ese tipo se estaba deshaciendo de ella, la abandonaba a su suerte... y...

Y entonces, aquel ex militar glacial la sorprendió abriendo los brazos, como si esperara un abrazo.



—Oye, ni loca, eso sí que no. No pienso abrazarle. —Ella se retiró—. ¿Ha perdido la chaveta? Los hatoks rehúyen el contacto físico.

—¿No es la forma como soléis despediros los *Homo sapiens*?

—Usted y yo tampoco nos apreciamos tanto.

Antes de que ella pudiera rechistar, Maalontola la rodeó con sus brazos. Cuando Numa lo tocó, sintió una corriente de electrones atravesar su cuerpo, como si metiera los dedos en un enchufe, y se separó de él al instante.

—¡Me acaba de dar un calambre! —exclamó ella, sacudiéndose.

Y el exgeneral se tambaleó con un aspecto macilento más propio del *bello durmiente* de Lenin. Su cabello se había encrespado y apuntaba hacia todas direcciones, a pesar de los kilos de gomina.

—¿Se encuentra usted bien? —Numa intentó sujetarlo, pero él la esquivó.

—No permitas que nadie te descubra —resopló el hatok con el puño apretado contra el pecho—. Y aléjate de los agentes de los Servicios Internos.

Maalontola reculó un paso y su kimono de seda desapareció entre la vegetación del jardín de la 647.

—¡Oye! —protestó ella, sintiéndose más perdida y sola que nunca—. ¿Y cómo voy a sobrevivir cuando se me terminen las cápsulas?



El inspector Levy repiqueteaba los dedos sobre un teclado proyectado en busca de algún caso que despertara la curiosidad de un espécimen hatok como él. Pero nada interesante sucedía dentro de la metrópolis de Kiqûit. A veces, estaba tentado de pedir un traslado a los Servicios Externos, quizá así podría resolver algún caso de asesinato o participar en una redada peligrosa. Pero sabía que luego no podría soportar trabajar con los zoquetes destinados a las afueras de la ciudad.

Entretanto, en la comisaría Norte de la planta 803, los veintitrés mejores agentes de los Servicios Internos calentaban los asientos de sus sillas en sus cubículos de trabajo. Desperdiciaban su talento en insignificantes tareas: atrapar a ladrones de poca monta, sancionar infracciones leves como vestir de un color inapropiado, o realizar infructuosos análisis genéticos en los que nunca pillaban a nadie, porque no había impostores a los que pillar.

Cuando el gobernador Daze irrumpió en la sala central de la comisaría, los veintitrés agentes se levantaron al unísono. La máxima autoridad de Kiqùit se reunió con el capitán Wabash en su despacho. Todos especulaban intentando adivinar a qué se debía esa ilustre visita. Al cabo de un rato, mandaron llamar a Levy.

El joven inspector se levantó entre los cuchicheos de sus compañeros. Se abrochó la chaqueta del uniforme azul klein de los Servicios Internos, la cual lucía mejor que un maniquí, y cruzó la sala central de la comisaría. Como buen espécimen hatok, poseía un oído muy fino, así que percibió las alabanzas: «su mente es brillante», «su genoma tiene una pureza extraordinaria», «si pudiera me metería entre sus sábanas». Y también, las envidias: «se pavonea como un cretino», eso le dolió en el alma.

Entró en el despacho del capitán y el gobernador chasqueó los dedos bajo su manto translúcido, para que su séquito de seguridad le esperara tras la puerta y pudieran hablar los tres en privado.

—Por los genes distinguidos —saludó Levy—. Es un honor conocerle, gobernador Daze.

Cuando el gobernador le devolvió el saludo, al inspector se le derrumbó la imagen que se había forjado de él. El manto de poder que coronaba la máxima autoridad de Kiqùit le daba un aire desafiante en los noticiarios, pero en persona le conferían aspecto de beata.

—Siéntese, inspector —le indicó el capitán Wabash desde el otro lado de la mesa, y alzó su mano hacia una de las butacas libres.

El joven obedeció y se sentó en silencio, mientras su superior indagaba sobre el curso de la Guerra Eugénica.

—¿Así que nuestras tropas han desembarcado en el Subcontinente Oriental? —La cara de su capitán se hinchó de satisfacción, al igual que un pez globo—. Supongo que los *Homo sapiens* tienen los días contados.

—Hemos ocupado la Isla de Penang —admitió el gobernador Daze—, es la puerta de acceso al Subcontinente. No tienen nada que hacer ante nuestro ejército. Esos pobres desventurados —suspiró—, a veces me dan pena.

—¿Pena, señor? A mí, ninguna; ellos iniciaron la guerra. No podemos olvidar la Noche Azul; esos seres primitivos atentaron contra nuestros centros ectogénicos y murieron millares de fetos en gestación.

—Sí, pero ya han pasado treinta años y ahora la subespecie *Homo sapiens* es un reducto. Como gobernador espero poder traer algún día la paz a Kiqûit, quizá deberíamos empezar a pensar en eso.

—Conseguiremos la paz cuando no quede ni uno de ellos —discrepó el capitán.

—Es tan asesino el verdugo como el criminal —reprobó el gobernador y luego se dirigió al joven—: ¿Y usted qué opina, inspector Levy?

—¿Eh, yo? —balbució él ante la situación incómoda, sopesó la mirada de ambos y decidió exponer su teoría—: Creo que no hace falta que los hatoks intervengamos, los *Homo sapiens* están predeterminados a extinguirse, al igual que los neandertales desaparecieron



en su día. Mientras sigan confiando su pro genie al azar no podrán competir contra nosotros y, además, en unas cuantas generaciones se hibridarán.

—Muy práctico —lo elogió Daze—. Entiendo por qué el capitán Wabash le ha propuesto para el caso. Supongo que se preguntará para qué lo hemos llamado, obviamente no es para hablar de nuestros parientes lejanos ni de la guerra.

—Nuestro gobernador está hoy aquí por un asunto muy delicado —prosiguió el capitán—, se le pide absoluta discreción. Creemos que usted es la persona idónea para este caso.

—Uno de los integrantes del Consejo de los Grandes Maestros de Kiqùit ha desaparecido sin dejar rastro. —El gobernador encorvó las cejas—. Y antes de que la opinión pública se haga eco de la noticia, es indispensable que le encontremos. No sabemos el motivo, pero ayer, el exgeneral Maalontola no asistió a la reunión del Consejo. Nadie sabe nada de él, y lo más preocupante es que no hay movimientos en su lente de contacto. Ha desaparecido en su propia casa.

—¿Enemigos? —indagó Levy.

—Cualquier *Homo sapiens* —propuso el capitán Wabash.

—¿En Kiqùit? —se burló el joven.

—No, claro, aquí imposible —se defendió el capitán.

El gobernador Daze extrajo de debajo de su manto una hoja de grafeno enrollada y se la tendió al inspector.

—¿Podría haberse tomado unas vacaciones? —cuestionó Levy.

El líder de los hatoks meneó la cabeza y su hábito translúcido fluctuó generando la ilusión de un halo.

—No sería propio de un hatok de su posición —dijo.

—¿Vicios? —El inspector desenrolló la hoja de grafeno.

—Supongo que como todos —argumentó el gobernador en tono burlón—: sexo, drogas y chicles de menta.

—¿Aún se pueden comprar chicles de menta en el mercado negro? —El capitán Wabash abrió los ojos de par en par, sin poder disimular cuánto le gustaría mascar.

—Solo sin azúcar —especificó Levy.

Y la cara de pez globo del capitán se deshinchó de desilusión, con los labios fruncidos en una O.

El inspector ojeó el informe sobre el exgeneral Maalontola en el dispositivo de grafeno: era uno de los miembros destacados de La Cúpula y había pertenecido a los altos mandos del ejército de Nueva Océánea. Aunque hacía cuatro años que se había desvinculado del cargo militar para formar parte del Consejo de los Grandes Maestros de Kiqûit.

—El ejército ya ha registrado su apartamento —añadió el gobernador—, y no ha hallado ningún indicio de violencia. Tenemos las entradas y salidas de la ciudad de Kiqûit vigiladas, por si acaso.

—Le encontraremos, gobernador Daze —aseguró Wabash, y Levy asintió sin mucha convicción.

El gobernador se despidió y se marchó majestuosamente junto a su séquito. Una vez que el capitán comprobó que nadie podía oírlos, se levantó y le dio un par de palmaditas a la espalda del inspector.

—Muy bien, Levy —se regocijó—. Es tu gran oportunidad.

—¿Mi gran oportunidad? Más bien podría significar un descenso.

—No me falles, ¡eh! —El capitán frunció el ceño contrariado y lo amenazó con el índice—. Que yo también me juego mucho en esto.

—El ejército ya ha registrado el apartamento del maestro, si han venido a pedirnos ayuda es porque no tienen ni idea de dónde se halla ese hombre. Podría estar de juerga en cualquier tugurio de los suburbios o trinchado en forma de hamburguesa...

—Si no resuelves el caso, Levy, yo sí que te trincharé como una albóndiga.

—Prefiero terminar de juerga en los suburbios.

—¡Qué sabrás tú de una buena juerga! —se rio Wabash y volvió a sentarse en su butaca—. Por cierto, para este caso trabajarás con...

—Sabes muy bien que me gusta trabajar solo —le interrumpió Levy.

—Lo que quería comentarte, es que... —Wabash hizo una pausa incómoda—. El gobernador Daze ha solicitado que trabajes con uno de sus hombres, un observador externo.

—¿Qué? ¡No necesito ninguna carabina! —protestó el inspector



Numa miró por la ventana de su microapartamento con vistas al interior de la planta 472: la nieve artificial enharinaba el pavimento de la zona común. Una línea de abetos serpenteaba alrededor de las aceras mecánicas y las fachadas de las viviendas estaban revestidas de madera y piedra; aunque su interior era tan confortable como cualquier habitáculo de la ciudad-rascacielos de Kiqûit. Pero en esa planta se habían dado el capricho de simular un clima polar. Maalontola aseguraba que el frío ahuyentaba a las patrullas de los agentes de los Servicios Internos, y fue por ese motivo que le buscó una vivienda en ese gélido nivel.

Ella ojeó el paisaje artificial y escuchó cómo un séquito de pingüinos mecánicos aleteaba por las inmediaciones recitando una versión adulterada de *La tormenta de Nieve* de Tolstoi. La joven bajó la persiana anhelando avistar algún día una manada de esas aves marítimas de carne y hueso, en su hábitat natural, sin necesidad de que rebuznaran obras de la literatura rusa.

—Oye, *Ingenuo* —dijo Numa a su asistente de voz domiciliario—, he pensado que hoy podríamos celebrar tu cumpleaños...

—*Pero... a los sistemas integrados no nos han asignado aniversario* —vaciló la inteligencia artificial.

—Precisamente, hoy sería un buen día.

—¿No estará tramando algo, no? Como esa vez que me engatusó.

—¿Qué vez? —Numa se rascó el cuero cabelludo, ya no recordaba cuantas veces le había tomado el pelo al asistente virtual casero y, con un solo paso, se adentró en la cocina de su microapartamento de doble capa.

Doble capa porque era tan minúsculo que bajo el parqué se replegaban las diferentes estancias. Y, cada vez que quería usar el sofá, el taller de pintura o la cama, tenía que ordenar a su sistema integrado que lo hiciera rebrotar de debajo del suelo.

—*Aquella vez* —rememoró *Ingenuo*—. *Cuando usted me dijo que era el día internacional de los sistemas integrados y lo único que pretendía era tomarse una copa de champán y devorar una tableta de chocolate negro.*

—¡Vaya, sí! —Le sobrevino un recuerdo. ¿Por qué era tan complicado lidiar con los asistentes de voz? Con la excusa de «es por tu bienestar» cada vez le resultaba más difícil conseguir cualquier minucia—. Pero... sería muy bonito encender una vela en tu honor, creo que te lo mereces y, luego, la puedes apagar con un sople de aire desde la pared, como cuando me secas el pelo.

—*De acuerdo, si sus intenciones son buenas, celebremos mi cumpleaños* —aceptó la máquina—, *siempre he deseado ser protagonista por un día* —tiñó su voz metálica con un matiz de emoción.

—Claro que sí, *Ingenuo*.

Numa sacó una vela torcida a medio consumir del segundo cajón de la cocina y la clavó en medio de un trozo de pastel de tofu.

—*Cumpleaños feliz, te deseo, Ingenuo...* —canturreó ella.

Ingenuo generó una llamita desde una boquilla de la cocina, y la joven acercó la tarta y encendió la mecha.

En ese instante, Numa aprovechó para sacar la nota de la mochila azul klein que le había entregado Maalontola. Era lo

único que había conseguido de Brett en todos esos años; apenas recordaba el timbre de su voz y sus ojos verdes eran cada vez más borrosos. La imagen que recordaba de él era la que ella había plasmado en sus lienzos: cabellos lacios, cejas plateadas y sonrisa seductora. Acarició las letras trazadas sobre ese trocito de papel como si fuera un tesoro, lo olió por última vez y le prendió fuego, con total deslealtad hacia su sistema integrado.

—*Oh, oh, un incendio!* —exclamó *Ingenuo* y activó el rociador automático.

Una cortina de agua cayó desde el techo.

—¿Qué difícil es quemar algo en esta maldita ciudad! —Numa protegió la débil llama de la vela, cubriéndola con una mano, mientras que con la otra sujetaba el papel que se iba consumiendo.

—*Pirómana!* —le espetó el asistente virtual y aumentó la presión del chorro.

Ella resbaló por el suelo, totalmente empapada. Lo que quedaba de la nota se disolvió en un charco.

—No exageres y ¡apaga el rociador de agua!

—*No, debo notificar su conducta.*

—Si la notificas, te van a reprogramar.

—*Quizá solo ha sido un pequeño accidente sin importancia* —recapitó *Ingenuo*, y apagó el sistema antiincendios. Evacuó el agua por un desagüe y una bayeta robótica enjuagó el estropicio.

Numa se levantó y se quitó el vestido empapado. Lo depositó en el receptáculo de la pared destinado a lavar, planchar y almacenar ropa.

Entró en el baño en ropa interior e *Ingenuo* le proporcionó una toalla a través de una esclusa. Se secó la cara y se envolvió el cabello.

—¡*Ough!* —exclamó el sistema integrado con un sonido metálico—. *¿Quién ha osado hacerle esto? ¡Qué falta de destreza!*

—¿El qué? —Numa se observó apresurada el rostro ante el espejo.

—*Un pelín más abajo* —le indicó la máquina con prudencia—. *Sobre... —carraspeó indeciso— su vientre...*

La joven bajó la mirada: sobre el lado izquierdo de su abdomen lucía un tatuaje maltrecho, una estrella de ocho puntas exactamente igual a la del exgeneral Maalontola.

Incrédula, se lamió un dedo y lo frotó en vano sobre el dibujo.

—¡*Díasporas!* Es un tatuaje de verdad.

Sus ojos se resistieron a parpadear, como si pudiera borrar la mancha con la mirada.

—*Siento comunicarle que es la peor aberración que una pistola de tatuajes puede concebir. Le acompaño en el sentimiento, mi programa empático me indica que es lo que hay que decir cuando es algo irremediable* —murmuró el asistente.

—¡No es posible! —Numa restregó la toalla con más insistencia sobre las líneas negras, incapaz de aceptar lo sucedido. Se apretujó las sienes, ¡su piel virgen había sido mancillada con un garabato tembloroso!

Recordó el inusual abrazo, la tez pálida del sexagenario, la descarga eléctrica que los había sacudido a ambos...

—Si lo tuviera delante, lo estrangularía. Ese caradura me dijo que algún día me acostumbraría a sus trazos. ¡Llama al exgeneral Maalontola! —gritó ella, enfurecida—. Pérfido traidor, ¡lo que no quieras para ti, no lo quieras para nadie!

Zuuuuuummm, zip, zuuuuuuummm, zip...

Ingenuo emitió una serie de zumbidos imitando a un módem del siglo XX, eran sonidos de atrezo, porque así los usuarios sabían que el aparato estaba intentando establecer comunicación.

—*No contesta, tiene el dispositivo lenticular desconectado o fuera de cobertura* —notificó *Ingenuo*—. *¿Quiere que demandemos al artífice de tan singular obra o le pongo una crítica negativa en TatuAdvisor?*



Todos los habitantes de Kiqûit soñaban con la cúspide del rascacielos. Y no solo porque en las últimas cincuenta plantas del edificio se alojaban los hatoks que ostentaban la mejor posición social, sino porque la mayoría nunca lograría pisar las baldosas de granito de La Cúpula.

El inspector Levy no era una excepción, también deseaba residir algún día en una de las viviendas de La Cúpula. Era lo que se esperaba de él, y tenía grandes probabilidades de conseguirlo; o al menos, su genoma así lo indicaba.

Pero de momento, quien sí lo había logrado era ese hombre que vestía kimonos monocromáticos. El apartamento del exgeneral Maalontola situado en la planta 914 era un *tríplex* de estilo

clásico (por lo que el inspector dedujo que era un tipo rancio) y paredes desnudas (sin paladar para el arte). El salón era de doble altura con el suelo de cristal y, cuando el inspector entró en el apartamento, vislumbró a través del techo la silueta tipo jugador de sumo del capitán Wabash junto a la del observador externo que le había impuesto el gobernador.

—Estamos arriba —avisó Wabash mientras se apoltronaba en un sofá con un *cronk* muy temerario.

—Sí, ya veo. —Levy subió veloz las escaleras hacia la parte alta del salón. El joven lucía el cabello azul de Prusia engomado hacia atrás, al estilo del peinado de moda conocido como «lamido de jirafa».

Cuando alcanzó el salón, quedó paralizado: el ocupante del apartamento lo había ordenado hasta el extremo. Todo estaba medido al milímetro, todo duplicado. Dos sofás, uno frente al otro. Cuatro mesitas idénticas. Seis lámparas flotantes. Ocho persianas, alineadas entre sí, y diez cojines turquesa centrados sobre cada uno de los cuadrantes del sofá.

—Por los genes distinguidos, inspector Levy. Soy Gustav. —El lacayo del gobernador le dedicó una sonrisa excesiva que daba grima. Y al tenderle la mano, el cuerpo escuálido de ese hombre bailó dentro de su traje acampanado—. No se imagina cuánta ilusión me hace trabajar con usted.

—Sí, ya... —El joven lo ignoró y le dio la espalda.

—Bueno, Levy —interrumpió el capitán Wabash—. ¿Has hecho los deberes? —El hombre alzó una de sus patas jamoneras y la apoyó sobre una de las mesitas, mientras devoraba una soda y unas tapitas.

—Oye, ¿y qué hay sobre eso de no alterar el escenario? —protestó el inspector.

Wabash resopló:

—Solo es un aperitivo, además si el tipo no regresa, esto se va a pudrir en la nevera. —El capitán se zampó de un bocado una tostada con algas y siguió hablando con la boca llena—: Deberías ver la cocina, Levy, los utensilios están ordenados de mayor a menor tamaño. Está todo almacenado en pequeños recipientes, etiquetados a mano y colocados por orden alfabético: *kimchi*, *kiwis*, *kombu*... —Dio un trago a la soda para que la comida le bajase más rápido por el esófago—. Es espeluznante. Si lo ha dispuesto así el secuestrador, no quiero estar en sus manos. Es un psicópata...

—¿Por qué deduces que lo han secuestrado? —preguntó el joven.

—Porque ¿quién abandonaría un apartamento en La Cúpula por voluntad propia? —El hombre se repantigó mientras observaba, a través de la ventana panorámica, el cielo despejado sobre el mar del Coral.

Levy desechó el argumento y sacó una hoja de grafeno flexible de un bolsillo interior de su chaqueta de los Servicios Internos, y la desenrolló. Tras una ligera sacudida, el dispositivo adquirió rigidez:

—Esto es lo que he encontrado sobre Maalontola. —El inspector empezó a leer a una velocidad de vértigo, casi sin respirar—: Varón hatok, 91 % de pureza, sesenta años. Cuando ostentaba el cargo de general, estuvo destinado en las colonias.



Actualmente ejerce como maestro del Consejo. Practica Kendo. Tiene una cicatriz bajo el ojo derecho y un sorprendente tatuaje sobre la mano izquierda: una estrella de ocho puntas. —Levy se rio y le mostró la hoja a su jefe.

—¡Vaya! —masculló el capitán al ver el garabato—. Creo que se lo entintó alguien con el pulso trémulo.

—Pues a mí me parece espléndido que le haya dado la oportunidad a un artista inexperto —intervino Gustav, radiante—, si yo tuviera agallas también ofrecería mi piel.

Levy lo miró con desprecio. ¿Qué era esa alegría desbordada que mostraba el lacayo? ¿Era real o estaba actuando? ¿Venía a trabajar drogado? Ya de por sí, le desagradaban la mayoría de personas, porque casi nunca le aportaban nada interesante. Los híbridos le parecían defectuosos, subyugados por los sentimientos. Y aunque Gustav era hatok, todavía lo detestaba más. Era un *segurata* de tres al cuarto al que habían metido en una investigación policial para supervisarlos. Había cotilleado su perfil público y la pureza del genoma de ese sujeto era del 60%, rayando la mediocridad. A cada individuo se le modificaba una cantidad distinta de genes, para no reducir la diversidad del fondo genético de los hatoks y poder enriquecer a la sociedad con cierta variabilidad.

—Bueno, capitán —dijo él—, aparte de saquear la despensa, ¿has revisado el sistema integrado?

—Tampoco es que hubiera mucho que saquear, ¿eh? Solo quedaban cuatro restos de la cena de ayer, pero vas a flipar, Levy: la casa no tiene sistema integrado. Raro, ¿no?

—¿No tiene sistema integrado? —interrumpió Gustav—. ¡Qué intrépido!

—Así que no hay cámaras en su interior, ni registro de mensajería, ni tan siquiera un robot básico de limpieza —explicó Wabash—. Parece ser que es un tipo muy reservado.

—Y que no confía mucho en la tecnología —afirmó el inspector—. ¿Qué hay de las cámaras del exterior de la vivienda?

—Maalontola entró en su apartamento a las 23:43 horas y no volvió a salir de aquí —contestó su jefe—. Tanto las imágenes de las cámaras externas como el registro de su dispositivo lenticular lo confirman, y después de esa hora no volvió a usar la lente. No hay ninguna otra salida aparte de la principal. No hay indicios de violencia ni de que se hayan llevado nada, que sepamos. Simplemente se esfumó. —El hombre orondo chasqueó los dedos—. Quizá encontremos algo en los escáneres biométricos de reconocimiento facial de las zonas públicas de la ciudad.

—Ya lo he comprobado y estamos sin resultados. Ni de ascensores, ni calles... —respondió Levy—. Aunque son fáciles de vulnerar, podría haberse movido con una máscara de hidrocólide y con un dispositivo lenticular ilegal.

—Oye, ¿y de dónde podría haber sacado una lente de acceso falsa?

—Del mercado negro, supongo —contestó el inspector.

—Ya veo que todo lo interesante se encuentra en ese mercado... —murmuró Wabash para sí, mientras hinchaba sus mejillas como un pez globo, seguramente imaginando cómo sería mascar un chicle azucarado.



Levy se colocó un par de guantes de nitrilo y empezó a registrar el apartamento, aunque por allí ya había desfilado el ejército y sus compañeros nada cuidadosos, que con gran probabilidad habían contaminado el escenario. El capitán soltó un bostezo sin moverse del sofá y Gustav lo siguió como si fuera su sombra, con la pierna izquierda renqueando.

Entró en la cocina con ese hombre cojo, de sonrisa irritante, pegado a su espalda. Lo apartó un par de veces con un gesto que demandaba espacio vital, pero era difícil disuadirlo.

El inspector ojeó el contenido de la nevera a través de la membrana translúcida, sin necesidad de abrirla. Tal y como había dicho Wabash, estaba prácticamente vacía: en la zona S había un par de tarros de crema de sésamo, una cajetilla de lentejas en la L y un cartón de leche de almendras... El joven introdujo la mano a través del gel de biopolímero, agarró el botellín de leche y lo agitó: estaba casi terminado.

—Entonces, inspector, ¿tiene alguna idea de lo sucedido?
—preguntó el lacayo del gobernador que lo miraba fascinado—.
¿Secuestro, asesinato o es la obra de un prestidigitador?

—Quizá más lo último. Maalontola planeó su propia desaparición —dictaminó Levy.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Por la despensa. Estamos ante un hombre metódico y previsor, pero solo le queda un culín de leche. ¿Para qué comprar más si iba a largarse?

—Qué brillante es usted —lo alabó Gustav—. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Me permitirá colaborar?

Levy se rascó la barbilla, pensando en cómo librarse de él por un rato:

—Tengo un trabajito para ti. ¿Entiendes de fontanería?

—¿Yo? Antes era francotirador.

El inspector lo miró atónito. Ahora tenía un colaborador capaz de dispararle a siete kilómetros de distancia.

—Da igual, lo que te pido no es tan difícil. Necesito que desmontes el lavabo.

—¡Magnífico! —exclamó el hombre del gobernador tan entusiasmado como si le pidiera recitar el número π —. ¿Qué he de buscar? ¿ADN? —Se frotó las manos.

—¿Cuántas veces se te ha caído un dispositivo lenticular por el desagüe?

—¡Uy! Soy un poco desastre, creo que pierdo uno a la semana.

—Entiendo —mintió el inspector. ¡Menudo zoquete le habían endilgado!—, llegas por la noche, estás cansado, te sacas la lente y resbala por el lavamanos. —¡Ja! A él no le había pasado en la vida—. Un 15 % de los ciudadanos aseguran haber perdido una lentilla durante el último mes. El gobierno de Kiquit tuvo que instalar un sistema filtrante para que los fragmentos de los dispositivos no llegasen al mar en forma de microplásticos. Aunque la mayoría de las veces quedan atrapados en la curva del tubo del sifón del lavabo.

El hombre del gobernador desmontó la tubería y realizó una chapuza. Posteriormente, enviaron al mejor equipo técnico de Kiquit. Consiguieron recuperar un fragmento de un dispositivo lenticular que pertenecía al exgeneral Maalontola. El núcleo



interno había sido destruido, pero tras varias horas de trabajo lograron extraer un solo dato: el emisor de las últimas siete llamadas perdidas era un sistema integrado que respondía a nombre de *Ingenuo*.